

Visión cristiana del Acompañamiento

Aprendiendo a atender las necesidades espirituales Maestro Arturo Salcedo Palacios

La persona es una unidad, un ser humano integral que tiene necesidades físicas, emocionales, mentales, sociales y espirituales. “Por supuesto”- podemos decir -”¿de qué otra manera puede ser?, ¿para qué subrayar lo obvio?”. Sin embargo, cuando la persona requiere ser atendida, con frecuencia se encuentra con que sus necesidades son divididas entre varios especialistas. El médico atiende la parte física, el terapeuta o *counselor*, la parte mental y emocional; los amigos y la familia, la parte social. Y quizás el sacerdote, el agente de pastoral de salud o el cuidador cristiano, la parte espiritual.

Antes de hablar de las maneras de atender la dimensión espiritual de la persona integral, necesitamos un mejor entendimiento de lo que estamos hablando. Creada por Dios, la persona necesariamente vive una relación con Él que varía significativamente entre los individuos en los diferentes momentos de su historia personal. Algunos están enojados con Dios y alejados de Él, por lo menos parte de su vida. Otros tienen una relación que se caracteriza como fría y distante. Otros más experimentan una relación cercana, en la que encuentran sentido, propósito, valor y dignidad de hijos de Dios. Pero ante la experiencia del dolor y de una enfermedad grave, todos se sienten confrontados por cuestionamientos que llegan al corazón de su existencia:

- **¿Cuál es el sentido de la vida?**
- **¿Para qué estoy en este mundo?**
- **¿Qué es lo que Dios quiere de mí?**
- **¿Por qué Dios permite el sufrimiento?**
- **¿Por qué debo morir?**
- **¿Hay vida después de la muerte?**

Aunque muchas personas intentan “pasarlas por alto”, “dejar estas interrogantes de lado”, pretendiendo que no son tan importantes y que “es mejor” no complicarnos con ello, son cuestionamientos que nos afectan a todos y que expresan genuinamente nuestras necesidades espirituales. No podemos simplemente evitarlas, son parte del flujo de la vida humana.

Para entender mejor lo que es esta dimensión espiritual y cómo está presente en la condición humana, veamos este ejemplo:

El Sr. Molina está hospitalizado por una seria enfermedad. Es de noche y su familia se ha ido a casa. Se encuentra solo en su cama, reflexionando sobre su situación. Está muy preocupado por su bienestar físico, sin saber si recuperará la salud. Experimenta una gran

soledad, separado de su familia y amigos. Sabe que no puede trabajar y le angustia el pago del hospital, tiene miedo de no quedar bien.

Además, se siente enojado con Dios por permitir que le sucediera esto y al mismo tiempo, siente culpa de su coraje con Dios. Tiene dudas con su fe y lucha ante la posibilidad de enfrentar su muerte.

El Sr. Molina tiene muchas necesidades específicas: los médicos trabajarán por su salud, su familia y amigos serán un apoyo emocional muy importante, pero tal vez nadie preguntará, ni le acompañará en su parte espiritual.

Con frecuencia olvidamos atender esta dimensión por diferentes razones:

Normalmente nos sentimos más cómodos hablando de cosas materiales que de las espirituales. Pareciera ser que hay temas más importantes y que socialmente experimentamos un impedimento para hablar libremente de nuestras necesidades espirituales.

Generalmente, pensamos que los asuntos espirituales tienen lugar en la iglesia y sólo un día, el domingo. El resto de la semana es para lo secular; tendemos a separar lo espiritual de lo cotidiano.

Otro obstáculo que nos limita para hablar de la dimensión espiritual es una resistencia o temor de parte del enfermo y del cuidador a compartir estas necesidades; puede ser amenazante, porque implica hablar de cuestiones muy personales y delicadas que a lo mejor no son aceptadas por otros. También significa hacer preguntas difíciles, que muchas veces no tienen respuesta y examinar y exteriorizar cómo nos sentimos internamente en nuestra relación con Dios y qué es lo que realmente creemos.

Precisamente por la trascendencia que ésta dimensión tiene, el cuidador debe estar atento para iniciar, en el momento oportuno, la expresión de las necesidades espirituales.

He aquí algunas sugerencias que nos pueden ayudar a comenzar a facilitar la expresión de estas necesidades:

- **Crear un clima de aceptación.** Debido a que muchas personas tienen un hábito muy arraigado de ocultar y reprimir sus necesidades espirituales, es muy importante que se sientan acogidas y que sepan que “se vale” hablar de estos temas. Comunicar aceptación, significa una escucha total y estar muy atentos a sus heridas y a sus luchas internas. En medida que la confianza crece, la persona estará más dispuesta a hablar de su parte espiritual.
- **Estar alerta a las necesidades espirituales.** Crear un clima de aceptación es el inicio, pero también es necesario estar atentos para detectar tales necesidades expresadas o no. En una relación de ayuda, una persona puede no mencionar una palabra acerca de Dios, ni de su fe, ni de religión, pero eso no significa que no tenga

necesidades espirituales. Estar atentos a lo que la persona siente y piensa es muy importante. Tu habilidad para discernir la dimensión espiritual del otro puede ser la respuesta a un grito escondido de ayuda para quien vive una crisis espiritual.

- **Animar a la gente a hablar de sus necesidades espirituales.** De la misma manera que las personas necesitan ser animadas a expresar sus sentimientos y otras necesidades de su vida, también necesitan que se les anime a hablar de sus necesidades espirituales. Cuando acompañamos a alguien, preguntamos cosas como: “¿Cómo te estás sintiendo?, ¿qué significa para ti estar en el hospital?”. De manera similar podemos preguntar acerca de su vida espiritual. Por ejemplo: “¿De qué manera esta crisis afecta tu relación con Dios?, ¿te consideras una persona religiosa o espiritual?”. Si la respuesta es sí, podemos añadir: “¿Cómo ves a Dios presente en este momento de tu vida?”, “En este momento, ¿cuáles son tus valores más importantes?”

Otra forma de animar a la persona a compartir su dimensión espiritual es hacer preguntas abiertas, respecto a lo que está viviendo. Ejemplo: “Me dices que recientemente has experimentado mucho sufrimiento y te preguntas si acaso Dios te estará castigando... ¿a qué te refieres?, ¿cómo es eso?, ¿me lo puedes explicar...?”

Algunas veces al animar a alguien a que hable de lo espiritual, usará clichés que no dicen nada de su relación personal con Dios. Por ejemplo: “Yo creo en Dios”, “yo voy a misa todos los domingos”, “para mí, Dios lo es todo”. Es necesario ir más allá de tales clichés, pidiendo que la persona nos explique sus sentimientos y sus creencias con mayor detalle; que nos hable de sus preocupaciones, sus miedos, de sus verdades y sus esperanzas.

- **Riesgos que hay que evitar.** Discutir unilateralmente. Uno de los peligros de tratar la dimensión espiritual es que se convierta en un monólogo, donde sólo una persona habla; como si fuera una clase donde alguien sabe más y sólo enseña al que sabe menos. Hablar de las necesidades espirituales es siempre un diálogo donde mutuamente se expresan creencias y sentimientos religiosos. Y no un embudo donde, para introducir las palabras precisas en la cabeza de alguien. Es un proceso donde se comparte una vivencia. Dos personas hablan y ambas escuchan.
- **Evitar clichés religiosos.** Existen demasiadas frases hechas que se deben evitar para poder realmente ayudar a expresar esta dimensión. Ejemplo: “Todo lo que necesitas es tener fe”, “No te preocupes, Dios te ama”, “Dios está siempre con nosotros”, etc., aunque contienen parte de verdad, son expresiones superficiales y muy poco apropiadas para hablar de la complejidad del momento. Nos impiden compartir de manera significativa lo que se está viviendo. Si no sabes qué decir, es preferible no hacerlo que usar un cliché.

- **Evitar la actitud de “yo lo sé todo”.** El cuidador cristiano puede tener creencias sólidas respecto a su fe; el problema puede surgir si actúa como una autoridad en el momento de compartir las necesidades espirituales, incluso sin querer hacerlo, intentando imponer sus creencias al interlocutor. Una actitud rígida de su parte, puede ser contraproducente en la relación de ayuda. La persona puede sabotear pasivamente el tema o rechazarlo enteramente, e incluso terminar en una discusión. Podemos compartir libremente nuestras creencias, pero no imponerlas.
- **La vida de cada persona tiene una dimensión espiritual.** En ella, Dios se revela donde quiera que sea y cada vez que lo permitimos. El cuidador cristiano necesita estar atento a atender las necesidades espirituales del otro, a través de un clima de aceptación y de respeto. Con una disponibilidad para abordarlo en el momento oportuno y una sensibilidad para tomarse el tiempo necesario. Deberá hacerlo con humildad y sencillez para que la persona lo encuentre confiable y se abra así la puerta para hacer un acompañamiento profundo y distintivamente cristiano.

Ideas tomadas de Christian caregiving, de Kenneth C. Haugk